

LOS CÍNICOS: ESOS SOCRÁTICOS DISIDENTES

RUBÉN DARÍO ARROYO OSORIO*

RESUMEN

A pesar de ser múltiples las elucidaciones acerca de cuál fue el verdadero aporte filosófico de los Cínicos y también muy diversas las afirmaciones sobre la autenticidad de estos personajes un poco pintorescos e iconoclastas del mundo griego antiguo, en esta reflexión se expone la idea de la relación de ellos con los postulados socráticos y se pretende enfatizar en un ideario filosófico-moral de sus más representativos exponentes.

Palabras clave

Filosofía, Presocráticos, Socráticos, Cínicos.

ABSTRACT

Despite being multiple elucidations about which was the real philosophical contribution of the Cynics and also very different claims about the authenticity of these picturesque ancient Greek characters, in this discussion is presented the idea of the relationship of them with Socratic principles and are intended to emphasize a philosophical and moral ideas of its most representative exponents.

Keywords

Philosophy, Pre-socratic, Socratic, Cynics.

Recibido: Septiembre 5 de 2013

Aceptado: Noviembre 1 de 2013

* Profesor Asociado de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad del Atlántico.

En el siglo IV a.C. surge un núcleo de hombres y mujeres que iban de aquí para allá vestidos de un sencillo manto doblado, con bastón –báculo–, alforjas, con crecidas barbas los hombres y las mujeres con pelo suelto. Procuraban ser consecuentes con su ideario de sencillez al punto de vivir como mendigos, llevando casi nada de comer o de beber. “*Si los dioses no necesitan nada, tampoco lo necesitarán los que se asemejan a ellos*” –decían–. En Sartorio Rafael. Presentación de (De Laercio, Diógenes. *Los Cínicos. Vida, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*. Edición 1986. Barcelona: Alambra Ediciones. VII-VIII.

Lo fundamental para la vida del Cínico es transmutar los valores vigentes cuestionando la fastuosidad, la desigualdad, la injusticia y la pretendida sabiduría con que se desarrollaban los acontecimientos de una sociedad convulsionada social y políticamente. Invocando la tradición sofística planteaban que todo es cuestionable, todo se puede poner en tela de juicio: la familia, la propiedad, la religión, el Estado y, especialmente el poder político, en tanto no sea detentado por los verdaderamente sabios y justos. En fin, su crítica despiadada va contra todas las instituciones para despojarlas de la hipocresía y la mentira.

Desde su posición marginal quieren ejemplificar lo predicado con relación a la vida sencilla y la búsqueda de una auténtica felicidad por la que hacen

todos sus esfuerzos, no para proyectos pretendidamente civilizados sino desde una vuelta a lo natural por ello consideran que “*los hombres se afanan en la realización de proyectos inútiles que les dejan exhaustos y desencantados... La insaciabilidad, la desmesura del deseo, mediatizado pervertido de una supuesta civilización, hace a los individuos infelices...*” (Ibídem).

Ubicados fuera de la sociedad los Cínicos pretenden alcanzar un ideal vital desde dos vías, primero, *la autarquía*, en tanto renuncian a todo lo ajeno y por tanto su objetivo es ser hombres emancipados completamente de redes externas; segunda, *la libertad de palabra* que, al ser precedida de una *ascesis* no necesita nada de la sociedad enemiga, por ello su franqueza y oposición a todo lo que los disminuye y embrutece.

La risa Cínica no es indulgente ni compasiva para esconder el desprecio por los semejantes, es franca y catártica de su enfado e inconformismo, con ella trasciende el escepticismo y el pesimismo que podría atribuírseles; de suyo dan muestra de un profundo amor por sus semejantes y de sus convicciones morales optando por un optimismo humanista según el cual, la naturaleza humana es fundamentalmente buena y, por ello la maldad y el error no tendrían que imponerse siempre.

Cualquier semejanza o diferencia con los postulados de Sócrates se despren-

den del apostolado y lealtad con que siguieron a su maestro como veremos y también de la radicalidad y vehemencia con que difundieron sus proposiciones y sentencias.

A pesar de ser múltiples las elucidaciones acerca de cuál fue el verdadero aporte filosófico de los Cínicos y también muy diversas las afirmaciones sobre la autenticidad de estos personajes un poco pintorescos e iconoclastas del mundo griego antiguo, en esta reflexión se expone la idea de la relación de ellos con los postulados socráticos y se pretende enfatizar en un ideario filosófico-moral de sus más representativos exponentes.

Esta reflexión se apoya en la interpretación que sostiene una sucesión Sócrates-Antístenes que junto con otros contemporáneos fueron denominados socráticos menores: Aristipo, Euclides; Fedón y Jenofonte, ya que está reservado a Platón el mérito de ser el socrático mayor y fundador de la Academia, corriente y escuela filosófica de mayor trascendencia y, desde la cual ha sido posible indagar la filosofía de Sócrates desde los diálogos de Platón. Es aceptado ya en la mayoría de los tratadistas de la historia de la filosofía de la antigua Grecia que, Antístenes fundó la escuela Cínica; Aristipo, la Cirenaica; Euclides –no el Matemático– la de Megara y Fedón la de Elis. Algunas acciones de Sócrates nos enseñan cierta proximidad con Antístenes y al mismo tiempo mues-

tran facetas distintas en el maestro de la mayéutica. Veamos.

Sócrates se casó con Jantipa casi a los 50 años, quizá más por tener un hijo que esposa. Hasta aquel momento se había apartado del matrimonio y, al que le pedía consejo sobre si debía casarse o no, le respondía: –Haz como te plazca de todos modos, en ambos casos te arrepentirás– ...Una vez Jantipa perdió hasta tal punto los estribos que le arrojó un cubo lleno de agua, ante lo cual Sócrates dijo: –Sabía que el trueno de Jantipa se transformaría antes o después de la lluvia–... ¿Pero cómo puedes soportarla?, le preguntó un día Alcibiades. Y él contestó: –A veces, vivir con una mujer de su tipo puede ser útil como domar un caballo furioso: después uno se encuentra más preparado para afrontar a sus semejantes en el ágora... Y además qué quieres que te diga, ya me he acostumbrado: es como sentir el ruido incesante de un cabrestante... Se narra además la historia del trío Sócrates-Jantipa-Mirto. Las dos mujeres se peleaban a menudo porque Sócrates mostraba hoy más amor por una y mañana más por la otra y, cuando las encontraba chillando las azuzaba para hacer que se tiraran del pelo y se reía al ver que dos mujeres se peleaban por un hombre tan feo... (De Laercio. Op. cit. II. V, 26).

En otro ámbito fue Sócrates además

de filósofo un buen soldado y en plena guerra del Peloponeso Sócrates gana su primera medalla al valor salvando la vida del joven Alcibiades quien estaba herido en el campo de batalla, lo carga sobre sus hombros y lo pone a salvo entre una selva de enemigos... El mismo Alcibiades relata además la fortaleza del filósofo y su imperturbabilidad frente a las adversidades: “Estuvimos juntos en el campamento de Potidea y teníamos el rancho en común. Para empezar no solo era superior a mí en fatigas militares, sino también a los otros. Cuando teníamos que soportar el hambre, como a menudo sucede en la guerra, todos nosotros no valíamos absolutamente nada en comparación con él. En los convites solo él se divertía al máximo. No era que quisiera, pero cuando se le forzaba a beber era capaz de derrotar a todos sin emborracharse ni una sola vez. En cuanto a soportar el invierno, hacía realmente milagros. Un día había un hielo de espanto, todos se habían guarecido en los refugios y los que salían al aire libre se envolvían en una gran cantidad de ropas y se cubrían los pies con fieltros y pieles, él salió a caminar con su viejo abrigo de siempre y, descalzo, caminó sobre el hielo como si no fuera nada, hasta el punto que algunos soldados querían mortificarlo... (Platón. *Banquete*, 219 e 220 d)...”

...Un día se detuvo en Atenas, y, mirando la mercancía expuesta, exclamó asombrado: “¡Mira cuántas cosas necesitan los atenienses para mantenerse vivos...” (De Laercio. *Ibíd.* II, v. 25)

Además de Antístenes (446-435 o 336-370), quien frecuentó primero al sofista Gorgias y luego a Sócrates, otros Cínicos destacados fueron: Diógenes de Sínope, Crates, (Metrocles e Hiparquía) estos dos últimos hermanos, y los tres de Tebas, todos sorprendentes tanto por sus ocurrencias como por su forma de llevar la vida cotidiana o por sus aseveraciones expuestas a través de sentencias, pregones, escritos o simples posturas rebeldes, heterodoxas e incómodas para el *statu quo* de aquel ámbito esclavista, aristocrático y excluyente al extremo.

El Cínico se autodenomina, perro callejero, o perro bueno (de *Kinicos*, perro). Ha elegido llevar una vestimenta raída, anda harapiento, se alimenta de lo que encuentra comestible, soporta el frío igual que el calor, duerme en los callejones y no se preocupa “del que dirán”, sino de lo que debe decirse y de lo que debe hacerse para ser digno-humano y libre. Es posible admitir que la idea que soporta la espina dorsal del pensamiento y accionar de los Cínicos es su irrefrenable necesidad de libertad que, según ellos, se logra a través de autosuficiencia: liberándose de las necesidades físicas, de las emociones, de la soledad, del dinero, del poder, de la gloria e incluso del sexo. La libertad para el Cínico se concibe como el bien supremo del alma (De Crescenzo, Luciano (1992). *Historia de la filosofía griega*. II parte. Barcelona: Ediciones Seix Barral. p. 49).

Con una postura libertaria ejercen una despiadada crítica a las verdades y valores de la tradición de su entorno, que tomaban como guía de la buena vida. Se sienten y actúan como extremistas del pensamiento socrático, son consecuentes con su prédica, no vacilan ante la posibilidad de ser rechazados o expulsados de una reunión, se hacen invitar a las fiestas, a las cenas, a cualquier evento social para irrumpir con sus contrariedades, con sus insolencias, dispuestos a asumir las consecuencias de sus actos.

Si para el mundo de la Grecia clásica de la antigüedad –tal como lo señala Werner Jaeger– estuvo viva la convicción, casi pleonásmica, de que la única fuente de la norma moral estaba dentro del Estado, es decir, que no era posible concebir otra ética fuera de las leyes de la comunidad en que vivía el hombre –libre–. Para los Cínicos la búsqueda de su filosofía se ubicaba en la perspectiva de pensar y ejercer una moral privada, esa que se apoyara en la virtud del sabio y no en el virtuosismo de la *polis*, puesto que esta se hallaba alejada de su misión última, estaba cuestionada, por el relativismo, por el esplendor sofístico, por la ataraxia y apatía, el placer individual de los epicúreos alejados del ejercicio político de esa comunidad rica en tradiciones filosóficas, pero también imbuida en un sinnúmero de matices alternativos, si se quiere: sofistas, escépticos, eclécticos, epicúreos y por qué no, de los mismo cínicos que toman atenta nota de la condena de Só-

crates por las leyes y los ciudadanos atenienses que no toleraron una conciencia moral autónoma emergida de la voz interior, ese “*Daimon*”, guía del maestro de la Mayéutica y la Ironía (*Conf. Paideía*. Fondo de Cultura Económica de México. 1962. p. 276).

La confrontación entre conocimiento y virtud, entre obediencia a la conciencia autónoma y acatamiento a la legislación heterónoma que se había mantenido, va cediendo paso después de la muerte de Sócrates. En Antístenes y Diógenes se va perfilando y se concreta lentamente una fuerza ética consciente de sí misma, que tiende a separarse de la virtud política que, puede catalogarse de ingenua o inocua, pero igualmente desbordada en entusiasmo y desafío. Los Cínicos enfrentan la encrucijada que se cierne sobre el imaginario colectivo de definir filiación hacia la concepción de asimilar las normas morales inmutables a las leyes de la naturaleza, como guía para el buen vivir, o hacia la mutabilidad propia de las leyes de la política preñada de arbitrariedad y convencionalismos. Por ello es bueno invocar que, para Antifón por ejemplo, la unidad esencial del ser humano se enfrenta a las desigualdades impuestas de manera artificial por la organización política, y al contrario para Trasímaco, los hombres son por naturaleza desiguales y la sociedad impide a los fuertes su dominio, al someterse a la ley arbitraria, instrumento de los débiles... (Sartorio. *Op. cit.* p. 16).

En aquel ámbito helenístico a partir del esplendor de Alejandro se aspira a diversificar, multiplicar y universalizar la vida griega: el desarrollo económico con periodos pendulares, la ciencia y las artes y la misma filosofía fecundada por esa variada gama de colores y luminosidades que aún domina el horizonte antes del ocaso, para decirlo de manera metafórica. Ahí la misma búsqueda de perspectivas nuevas; también se observa cómo muchos ciudadanos, quizás notables, se alejan de la *polis*, se refugian en el ambiente doméstico o buscan placeres personales y mientras esperan el paso de la tormenta siguen sin comprometerse, porque ayer como hoy, resulta más cómodo adaptarse a las situaciones que tratar de subvertirlas. No obstante los Cínicos optan por el segundo camino: rechazan de conjunto la cultura, los valores, las tradiciones y al alejarse totalmente de la *Paideia* no vacilan en cuestionar el politeísmo tal como lo asevera Antístenes:

...Según costumbre, existen muchos dioses; por naturaleza uno solo... Esto significa para Cicerón un ateísmo práctico en tanto suprime el poder y la esencia de los dioses. Cuando un sacerdote de Ceres –madre de todos los dioses– le pide dinero para el culto, Antístenes replica irónicamente que ya los dioses sabrán cumplir con el deber filial de mantener a su madre... Pero a este tenor los Cínicos fueron corrosivos en el tópico del culto, según nos dice de Laercio cuando en una ocasión Antístenes viendo a

unos sacerdotes que llevan preso a alguien cogido in fraganti mientras robaba en un templo, dijo: Los ladrones grandes conducen al preso pequeño... (Esta última, también se le atribuye a Diógenes).

...En otra ocasión cuando hacía escarnio de la idea de la inmortalidad como un sacerdote de misterios *Órficos* promete las delicias del más allá de los iniciados, entonces el mismo Antístenes le aconseja que se suicide de inmediato para que no demore más el disfrute de tanta maravilla... Por su parte Diógenes riñe de manera displicente con la creencia absurda según la cual, personas corrientes o malvadas puedan llegar al disfrute de mejor vida en el Hades por el solo hecho de haberse iniciado, mientras que los virtuosos quedan relegados a lugares mas serviles por no haber cumplido el ritual del bautismo de la iniciación... (*Ibíd.* p. 22).

Como se sabe por informaciones de diversos tratadistas, estos socráticos disidentes rechazaron la riqueza, la convencionalidad y la misma equivalencia del dinero, al punto de que Diógenes falsificó moneda. Sin embargo no se proponían plantear una solución alterna a la problemática de exclusión social que se vivía en su contexto, todo a despecho de quienes podían cuestionarlos por eso, particularmente los estoicos que le siguieron como el caso de Filomeno de Gádara, (Antigua Siria, cuna de otros filósofos), quien afirmaba que los Cínicos

no otorgaban validez a ninguna organización política y social conocida, ni a ley alguna. Teofrasto y Séneca tienen sus cuestionamientos al ideario y forma de vida cínica; este último por ejemplo, se inclina en su identificación hacia los estoicos porque “el inconformismo que va unido al pintoresquismo no alarma realmente a la sociedad. Romper con las convenciones externas, cambiar de atavíos y de unas maneras de ser no conduce necesariamente a una labor moralizante, por eso el verdadero moralista evita gastar energías en ese terreno. Entonces a propósito de la diferencia entre Cínicos y Estoicos, estos últimos renunciaban al pintoresquismo exterior y superficial para luchar a un nivel más profundo puesto que, ya –dice Séneca– el nombre mismo de filosofía incluso modestamente usado, es por sí mismo bastante mal visto...” (Cit. por Aranguren, José Luis. En *El Oficio del moralista*. WWW. Alfa. Revista de la A A fi.).

Otros pensadores como Dubley consideran que, la doctrina y las acciones cínicas solo pueden considerarse como individualismo extremo, una contradicción o una benevolente anarquía... Es difícil pues todavía hoy concebir una posición crítica sin que ella lleve aparejada una solución práctica al problema cuestionado si por ello se entiende un programa social o político alternativo. No por ello se identifica este texto con el facilismo de afiliarse hacia quienes no pueden concebir una antiutopía y por tanto todo lo que se

rebele contra el pensamiento único si no esboza siquiera una idea propositiva. No es extraño entonces que los Cínicos y otros pensadores antiguos, medievales, modernos o contemporáneos hayan sido tratados con desdén o simplemente ignorados.

Los Cínicos descreen de todo lo establecido, incluso se apartan de un postulado sustancial de su maestro Sócrates para quien el saber coincide con la virtud y, desde un intelectualismo, el hombre sabio no puede hacer el mal, es decir, conocer el bien y elegirlo es un solo acto y por ende el mal se debe a la ignorancia. Desde otra perspectiva y por distintos motivos los cínicos afirman que, es la virtud la que hace sabio al hombre que llegando a la inteligencia de lo que realmente importa, cualquier otro conocimiento es inútil: el enciclopedismo, el cultivo de las disciplinas ordinarias todo ello es estorbo. El saber y hacer que acerca a la vida feliz es posible con la única disciplina necesaria, la ética. Entonces hay que superar la osadía, la presunción, la vanidad que provienen de la ignorancia al vivir encadenados a falsas necesidades, cegados por apariencias, por creencias erróneas o la pretendida erudición que dan la geometría, la dialéctica o la retórica. Para el Cínico no se trata de saber mucho, sino de saber lo fundamental, *saber vivir*.

Más allá de lo inconexo que parezca el pensamiento de Antístenes o Diógenes con sus aforismos, máximas,

sentencias y apotegmas hay que destacar que si bien no se ubican en un lugar privilegiado de la vanguardia filosófica griega su porte frontal es el desprecio práctico por el mundo, la fuerza de su independencia frente al Estado, a las necesidades y especialmente a las convenciones de la época los condujeron hacia una profunda exasperación como arma del pensamiento negativo frente a la “negación de la negación”: fuerza de voluntad, violencia contra sí mismo al extremo de esperar o precipitar el fin de sus días.

Contrario a la doctrina de Sócrates y de Platón, Antístenes negó la objetividad y existencia de los conceptos, según él, “solo veía al caballo y no la caballosidad...” Así la atribución de un predicado a un sujeto es siempre problemática: podemos decir del hombre es el hombre; y de lo bueno que bueno, pero es problemático decir que el hombre es bueno. Por ello es también problemático también predicar de un individuo las supuestas características del género del que se supone que forma parte... Entonces esa forma de nominalismo que surge desde la antigüedad limita el conocimiento de las cosas al puro nombre, quedando suspendida la posibilidad de formular juicios de ese nombre; también distintos a Sócrates los Cínicos no mueren por la verdad y justicia establecidas por las normas y las leyes de una democracia esclavista, sino por atender esa voz interna que grita desgarradamente por alcanzar

la libertad concreta en la tierra, sin esperanza de un idílico más allá que pudiese repararle la soñada inmortalidad del alma. La orientación moral de Antístenes se opone al intelectualismo socrático y piensa que la virtud es realmente un saber que se construye en la observancia de un saber vivir y no en puro intelectualismo, en una forma de vida basada más en el ejemplo que, que en una teorización ética... (Antístenes. Biografía e historia. Cunday.blogs.org/wiki).

No obstante Antístenes permaneció junto a Sócrates hasta sus últimas horas y, se afirma que causó el destierro de Anito cuando unos jóvenes que entusiasmados por los preceptos y la fama de Sócrates llegaron a Atenas, el Cínico señaló a Anito afirmando que fue él quien había causado injustamente la muerte al gran maestro, y que además pregonaba ser mejor que Sócrates en cuestiones morales. Estos jóvenes junto con otros ciudadanos se indignaron y obligaron a Anito al destierro.

Al aproximarnos a una imagen de Antístenes y a su posición frente a las riquezas materiales y al asunto del poder, temas de largas conversaciones con su maestro, ese perfil nos lo da Jenofonte en el siguiente fragmento del *Banquete* de su autoría y homónima de la de Platón.

...A mi parecer –dice Antístenes–, la riqueza no es un bien material que se pueda conservar en casa como si fue-

ra un objeto, sino una disposición del alma; de otro modo, no se explicaría por qué algunos, aun poseyendo muchos bienes, siguen viviendo en medio de riesgos y fatigas con el único objetivo de acumular más dinero. No podría entenderse el comportamiento de ciertos tiranos que sienten tantos deseos de poder y tesoros al punto de cometer delitos cada vez más horrendos... Se parecen a las personas que, pese a comer sin cesar, no muestran jamás signos de saciedad. Yo, En cambio, aunque pobre en apariencia tengo tantas de dichas posesiones que hasta me cuesta encontrarlas: duermo, como y bebo donde se me place, y tengo la impresión de que todo el mundo me pertenece. Para que los alimentos más deseables, exploto mi propio apetito: me abstengo de comer durante un tiempo, y, después de un solo día de ayuno, cualquier alimento que me lleve a la boca me parece de grandísima calidad. Cuando mi cuerpo siente necesidad del amor, me uno con una mujer fea, y así ella, como ninguno la desea, me acoge con grandísima alegría. En resumen, lo importante, amigos míos, es no sentir necesidad de nada... (Jenofonte, El Banquete, fragmento adaptado libremente. En De Crescenzo, Luciano. Op. cit. p. 49).

Como se ve el cínico se expande y se contrae en la disertación con sus amigos y discípulos, como era la usanza de la época, tomaban, bebían y deliberaban sobre temas como el amor, la muerte, la codicia, la corrup-

ción, el abuso del poder, la avaricia, la gula y, por supuesto él explicitaba su postura sobre la autosuficiencia (*Autarkes*), la imperturbabilidad, sobre el dominio de sí y la *areté*— virtud, como actitud y condición de alma que le da al hombre sabio la fuerza para no depender de ninguna necesidad externa, sea placer, riqueza, o poder, capacitado ya para hallar la vida feliz *—eudaímóm—*.

Según estudios de Vela Tejada, Jenofonte evoca al mismo Platón y se respira cierto aire de influencia indirecta del autor de *La República*, pero la figura predominante sigue siendo el retrato de Sócrates y la actitud del autor, desde sus personajes está más cerca de un defensor ilustrado de valores morales que a la de un filósofo, aunque sea importante el valor testimonial de sus recreaciones literarias sobre opiniones y creencias en su tiempo a lo cotidiano y al conocimiento práctico... (Vela Tejada, José. *Jenofonte. Vida y obra*. Universidad de Zaragoza. En www.liceus.com/cgi-bin.co).

Volviendo a Antístenes, Frente al mal gusto de disgustar de la aristocracia, como dice Baudelaire, los Cínicos proponen y ejercen una ruptura con la seriedad que esconde la impostura, la hipocresía y el eufemismo de su época y la época de hoy inclusive. Con ironía, con sátira o acciones fuera de lo común y aceptado quiere inquietar, y quizás lo logran. Preguntémosnos entonces, ¿acaso la función de la fi-

lososofía no es inquietar? ¿Ha existido o existe algún sistema filosófico que no busque inquietar? ¿Cuál sería su objeto y misión?

Analizando algunas respuestas a preguntas que le hacían sus conciudadanos y algunas maneras de cómo enfrentó Antístenes las situaciones vividas con sus contemporáneos y las consideraciones sobre las que denotan el ideario de estos pensadores disidentes del mundo griego antiguo, se capta fácilmente su postura iconoclasta. Otras sentencias y aseveraciones están ya expuestas y en algún grado analizadas e interpretadas en otro ensayo sobre el tema (*Conf. Arroyo Osorio Rubén Darío... "Los Cínicos o la moral de ruptura. En Conversatorios filosóficos. Universidad del Atlántico. Colección Julio Enrique Blanco. Barranquilla. 1998. pp. 23-36).*

Vayamos al encuentro de Antístenes desde sus aseveraciones y opiniones.

1. *Platón habla mal de ti*, –le dijeron– y él replicó: *“Es privilegio de los reyes obrar bien y oír hablar mal”*. Según una interpretación Antístenes pensaba que, Platón no sabía hablar bien.

2. *¿Por qué tratas tan ásperamente a tus discípulos?* –le preguntaron–. *“Lo mismo hacen los médicos con sus pacientes”* –respondió–.

3. Viendo a un adúltero dándose a la fuga, exclamó: *“¡infeliz!, a cuántos*

peligros hubieras podido escapar por un simple óbolo”.

4. Al preguntársele qué cosa podía hacer más feliz a un hombre, respondió: *“Morir felizmente”*.

5. *Aseguraba no haber muralla más firme que la vida en común de los hermanos bien avenidos; que el equipaje de quien viaja debería ser tal que, en caso de naufragio pudiera nadar con él.*

6. Cuando fue censurado por estar en compañía de hombres viles dijo que *“también los médicos tienen trato con los enfermos y no por ello se le contagia la fiebre”*.

7. Al preguntársele qué beneficio había recibido de la filosofía, su respuesta fue: *“La capacidad de dialogar conmigo mismo”*.

8. A uno que, tras haber bebido le animaba: *“¡Canta! Acompáñame tú con la flauta”* –replicó–.

9. ¿Cuál es la ciencia más necesaria?, le indagan y él responde: *“No olvidar lo aprendido”*.

10. *“Me parece que de haber sido tú caballo, tendrías sus mismas ínfulas”*, –le dijo a Platón que se empecinaba en contener los relinchos del corcel encabritado en medio de la procesión–.

11. *Sugería a los atenienses decretaran que los asnos son caballos. Como*

estos le tomaban por loco, replicó: *“También vosotros hacéis generales por decreto a individuos sin ninguna preparación”*.

12. Cuando un joven del Ponto le prometió que le agasajaría espléndidamente en cuanto llegara su nave cargada de salazón, Antístenes le tomó junto a sí y con un saco se dirigió a una vendedora de harinas, se hizo llenar el saco y se fue. Cuando la vendedora le exigió el pago, señaló: *“Este joven pagará, en cuanto su cargamento de salazón llegue”*.

13. Enseñó que la ausencia de fama es tan buena como la laboriosidad, que los sabios viven conforme a la virtud de saber escoger a las mujeres bellas que merecen ser amadas apasionadamente con el fin de engendrar hijos.

14. La virtud del hombre y la mujer es la misma (De Laercio. *Op. cip.* 76-81).

Como veremos, no en vano Hiparquía fue admitida entre los cinco como igual a ellos y ella asumió todo el proyecto de vida Cínico, desde la vestimenta hasta los hábitos y doctrina que propagó alejada de su propia familia muy pudiente.

Aceptada la sucesión de **Diógenes de Sínope** (413-327) (412-323), con respecto a Antístenes, y de Crates con respecto a este, se precisa que no necesariamente dicho proceso transcurrió de manera mecánica, tampoco fue

una simple continuidad. Entre ellos y otros cínicos posteriores, hubo temas comunes pero también otros diferenciados tanto en su tratamiento como en el mayor o menor énfasis que cada uno le dio. Veamos desprevenidamente algunas sentencias y aseveraciones de Diógenes frente a sus conciudadanos.

1. *Lo primero que destacan muchos tratadistas sobre Diógenes fue su encuentro entre él y Alejandro Magno, quien haciéndole saber su poder le ofrecía de todo para que saliera de la vida que llevaba y el filósofo solo le pidió que se quitara porque le tapaba la luz del Sol, también su decisión de adulterar moneda como una reacción contra este equivalente comercial a manos del Estado viéndose comprometido en un castigo del destierro o comprometiendo a su propio padre que era banquero, según cuentan las dos versiones más difundidas.*

2. *Frente a la demora de quienes había encargado buscar una choza para su hábitat adoptó un Barril del Merton (templo consagrado a los dioses) para dormir o permanecer cuando quisiera. Los atenienses le ofrecieron otro cuando un jovenzuelo lo destrozó por lo que fue castigado con azotes.*

3. *En su mordacidad eran frecuentes sus alusiones contra la escuela de Euclides; denominaba pérdida de tiempo a los diálogos de Platón; a los juegos atlético dionisíacos, gran espectáculo para estúpidos; a los líde-*

res políticos, esclavos del populacho y cuando veía a los médicos y a los filósofos, debía admitir que el hombre era más inteligente que los animales; pero que, cuando veía al intérprete de sueños, adivinos y a la muchedumbre que les hacía caso o a los codiciosos con el dinero, pensaba que no había ser viviente más necio que el hombre.

4. *Hay que tener cordura para vivir o cuerda para ahorcarse...*

5. En una ocasión se hallaba comiendo higos secos y, al aparecer Platón, le invitó: *“Te invito a participar”*. Este los tomó y comió. *“Te dije que debías participar –precisó–, no que pudieras comértelos...”*.

Se ha interpretado este pasaje en el sentido de que el Cínico quiso mostrarse del concepto participación que defendía Platón, según el cual, las cosas reales –los higos– participan de la idea –de higo– (De Laercio. Op. cit. p. 89).

6. En otro momento fue Diógenes quien le pidió higos secos y vino. Platón le envió cántaros a rebosar, a lo que este comentó: *“Si alguien te pregunta cuántos son dos y dos, ¿dirás que veinte? Ni das lo que se te pide ni respondes lo que se te pregunta”*. Aquí cuestionaba la palabrería de Platón...

7. ...Le preguntaron en qué lugar de Grecia había visto hombres buenos, respondió: *“Hombres buenos, en nin-*

guna parte; buenos muchachos, en Esparta...”.

8. *Se extrañaba asimismo que los gramáticos se ocuparan con tanto celo de los males de Ulises, despreocupándose de los suyos propios...*

9. Narra Menipo que, capturado este y puesto a la venta como esclavo sostuvo que su oficio era mandar... Se le prohibió que se sentara y replicó: *–“No importa: estén como estén, los peces siempre encuentran comprador”*.

10. Le maravillaba –decía– *que antes de adquirir una marmita o un plato lo contrastáramos haciéndolo sonar, mientras que si se trataba de un hombre, nos contentáramos con una simple mirada...* Se puede entender como una crítica al sistema esclavista que tan poco valor le daba a los esclavos, también humanos *o que los hombres habían caído tan bajo en su entorno que ya eran valorados en menor escala que las cosas materiales*. En ambos casos se merecía su reproche y condena.

11. Afirmaba que Alejandro había dicho: *“De no haber sido Alejandro, me hubiera gustado ser Diógenes”*.

12. *Decía de sí mismo que era un perro al que todos elogiaban, pero con el que nadie se atrevía a salir de caza.*

13. A uno que se ufanaba: *“En los juegos Píticos vencí a muchos hombres”*,

le replicó: “*Yo he vencido a hombres, tú, solo derrotaste a esclavos*”.

14. Siendo invitado a una comida, manifestó que no pensaba ir, pues la última vez que había ido su anfitrión no le había sabido mostrar el agradecimiento suficiente... En cierta ocasión cogía frutos de una higuera. El guarda le advirtió que no hacía mucho se había ahorcado un hombre en la misma higuera. Entonces, dijo él: “*la voy a purificar*”.

15. Deseando unos extranjeros ver a Demóstenes, extendió en dirección a él el dedo medio, diciendo: “*Ahí tenéis al demagogo de Atenas*”.

16. *Queriendo dar una lección a uno que recogió un pedazo de pan que se le había caído, ató una cuerda al cuello de un cántaro y los arrastró por todo el barrio Cerámico, de Atenas.*

17. *Afirmaba que las cosas de mucho valor tenían muy poco precio, y a la inversa: una estatua llega a alcanzar los tres mil dracmas mientras que un quénice –litro-kilo– de harina se vende por dos ochavos.*

18. Alguien le había dicho: “Estoy a tus órdenes Diógenes” –queriendo significar que deseaba ser su discípulo y amigo–. Este le tomó junto a sí y le dio a llevar un queso de medio óbolo. O un pez –como aquel se negó. Diógenes exclamó: “*Un quesillo de medio óbolo –o un pez– ha destruido nuestra amistad*”.

19. Cierta individuo que llevaba rato leyendo en voz alta, dejaba entrever ya el papel en blanco, lo que indicaba que se iba acercando el final del texto. Exclamó: “*Ánimo, que al fin veo tierra*”.

20. *¿Cuánto hace que llegaste del cielo?, –le preguntó a alguien que disertaba sobre los fenómenos celestes– y cuando le afirmaron que el movimiento no existía, entonces se levantó y se puso a caminar.*

21. Habiendo subido unos ratones a su mesa, sentenció: “*Mirad, también Diógenes alimenta a los parásitos...*” A quien le preguntó cuál era el momento más apropiado para comer, repuso: “*Si eres rico, cuando quieras; si eres pobre cuando puedas*”.

22. Reprochaba que las gentes en sus oraciones pidieran solo bienes aparentes, nunca los verdaderos bienes... Unos esposos hacían sacrificios a los dioses implorando el nacimiento de su hijo y él sugirió: “*¿Por qué no sacrificáis también por la clase de hijo que os pueda salir?*”.

23. Cuando Midias lo golpeó y dijo: “*En mi banco hay tres mil más a tu nombre*”. Al día siguiente, Diógenes pertrechado de guantes de pugilista molió a golpes a Midias y dijo: “*Aquí tienes tres mil a tu nombre*”... Cuando Lisias, el boticario, le preguntó si creía en los dioses, dijo: “*¿Cómo no he de creer si te tengo a ti por enemigo suyo?*”.

24. Dionisio el Estoico cuenta que, tras la batalla de Queronea, 388 a.C., Grecia cayó bajo el dominio macedónico, fue hecho prisionero y llevado ante Filipo. Al preguntarle este quién era, respondió: “*Un testigo de tu insaciabilidad*”. Fue alabado por esta respuesta y dejado en libertad... Pérdicas (uno de los generales de Alejandro Magno) le había amenazado de muerte si no se presentaba junto a él, a lo que Diógenes respondió: “*Nada hay de extraordinario: un escorpión o una tarántula podrían hacer lo mismo*”. Más apropiada hubiera sido esta amenaza: “*Aunque vivas lejos de mí, seré igualmente feliz*”... Cuando Cratero –lugarteniente de Alejandro– le pedía que lo visitara, contestó: “*Prefero lamer sal en Atenas que disfrutar de la más suntuosa mesa junto a Cratero...*”.

25. A quien se jactaba de vestir piel de león, le conminó: “*Cesa ya de deshonrar los hábitos del valor*”. A otro que celebraba la buena suerte de Calístenes ponderando el esplendor que este compartía con Alejandro, le corrigió: “*Bien desgraciado que es, que ha de comer y cenar cuando Alejandro le viene en gana*”.

26. Cuando pedía dinero a sus amigos les decía que no mendigaba, sino que sencillamente reclamaba lo suyo... a veces argüía: “*Si ya le diste a otro, dame también a mí, si no lo has hecho empieza por mí...*” En alguna ocasión pidió limosna a una estatua, le preguntaron por qué lo hacía y res-

pondió: “*Me ejercito en fracasar...*” Pedía cierta vez a un avaro; como este se hacía rogar, Diógenes le insistió: “*Buen hombre, te pido para comer, no para el entierro...*”.

27. ...Pedía limosna a un individuo de mal carácter. Este le dijo: “*Te daré si me persuades*”. “*Si yo lograra persuadirte –contestó el Cínico– te persuadiera para que te ahorques*”...

28. A un muchacho afeminado que le había planteado una cuestión, se negó a responderle si antes no se despojaba de su ropa y mostraba si era hombre o mujer... Otro joven que acicalándose se pavoneaba, le dijo: “*Si alardeas de tus éxitos con los hombres eres un infeliz; si con las mujeres, un miserable*” y, cuando algún otro joven se ruborizó, lo elogió: “*¡Ánimo!, ese es el color de la virtud*”... A un hermoso efebo que se dirigía a un banquete, le advirtió que saldría peor. Al día siguiente aquel se presentó ante Diógenes y constató: “*He vuelto y no soy peor*”. “*Peor no*” –replicó Diógenes–, *más disoluto*... Le dijo a uno que derrochaba en sus suntuosos festines: “*Corta vida tendrás, hijo mío, con todo lo que compras*”... Al preguntársele de dónde procedía un mancebo prostituido, respondió: “*de Tegea o sea de To Tégos, prostíbulo*”.

29. Un recién casado había colocado en la puerta de su casa el letrero. “El hijo de Zeus victorioso/Mora aquí; no entre ningún mal”. Diógenes añadió debajo: “*Tras la guerra, la alianza*”...

Lamentándose un joven del número de galanteadores que le importunaban con sus solicitudes, le replicó: “*Despójate de las provocaciones que las incitan...*”.

30. Estaba un joven discursando largamente en público. Diógenes que había llenado de altramuces el regazo de su vestido, empezó a comérselos, colocándose frente a él. *Habiendo ganado así la atención de la concurrencia manifestó que se hallaba admirado de ver cómo todos desatendían al orador para fijarse en él... no en vano decía que los oradores y los que buscan la gloria por medio de la elocuencia eran –tres veces hombres– según él, tres veces miserables.*

31. Un fornido citarista, despreciado por todos y a quien solo Diógenes alababa, preguntado por qué, respondió: “*Porque, corpulento como es, se dedica al tomar la cítara y no al bandidaje...*” Mientras que a otro citarista a quien el público dejaba siempre solo en mitad de su actuación, el Cínico le saludó: “*¡Salud, gallo!*”. Al preguntarle por qué le llamaba así, dijo que: “*Cuando él canta se levanta todo el mundo...*”.

32. Alguien le echaba en cara su exilio, repuso: “*¡Infeliz!, gracias a él me acerqué a la filosofía...*” Otro le recordó que los de Sínope le habían condenado al destierro; Diógenes replicó: “*Y yo a ellos a quedarse*”.

33. A Hegesias, que le había pedi-

do uno de sus escritos, le reconvino: “*Eres un iluso: No eliges los higos pintados, sino los reales, en cambio desatiendes la práctica de la vida real y te interesas por la libresca...*”. Preguntado por qué los atletas eran tan estúpidos, respondió: “*Porque se fabrican con carne de cerdo y de buey...*” Observando a dos centauros muy defectuosamente pintados preguntó: “*¿Cuál de ellos es Quirón?*”. –Adjetivo que denota peor.

34. A un tirano que le preguntara qué bronce era el mejor para una estatua, respondió: “*Aquel con el que se forjó la estatua de Harmonio y Aristogitón-atenienses que apuñalaron al tirano Hiparco + 514 a.C.), y a quienes le erigieron una estatua y tenían como símbolo de la liberación de la tiranía...*”. Observando un esclavo fugitivo que estaba sentado en el brocal de un pozo, le advirtió: “*Cuidado muchacho, no vayas a caer –preso de nuevo...–*”.

35. Se le preguntó si disponía de criada o criado y respondió que no. “*Quién te enterrará cuando mueras?*, –inquirieron–. “*Quien quiera que necesite la casa*”, –respondió–. Oyendo una vez a dos “abogados” discutir, los condenó a ambos, señalando que el uno había, sin duda robado, pero al otro no se le había sustraído nada que fuese suyo.

36. Como se llamaba a sí mismo perro, le preguntaron de qué clase, dijo: “*Cuando estoy hambriento un mal-*

tés; cuando saciado, un dogo. Dos razas a las que todos elogian, pero con las que no se atreven a salir de caza, por miedo al cansancio; por eso vosotros no podéis vivir conmigo porque teméis las fatigas...”. Los sabios comen pastel, le indagaron. “Sí—dijo—de todas las clases como el resto de mortales...”.

37. Acercándose a las puertas de la pequeña ciudad de Mindo, y observando sus gigantescas puertas, exclamó: “¡Hombres de Mindo, cerrad vuestras puertas, no se os salga la ciudad por ellas!”.

38. Le reprochaban por comer en la plaza, él objetaba que, ahí le había dado hambre... y cuando almorzaba en medio del ágora, los presentes le rodearon y le gritaban: ¡Perro! “Vosotros sois los perros —gritó— que me rodeáis en torno a mi comida...”.

39. Afirmaba que los libertinos son como las higueras surgidas en los precipicios, cuyos frutos, inútiles al hombre, son devorados por los buitres y los cuervos... Se dice que cuando Frine —cortesana griega amante del escultor Praxíteles y modelo del mismo— consagró una estatua de oro a la Afrodita de Delfos, Diógenes grabó en ella las palabras: “Presente de la lujuria helénica”... Cuando un muchacho hijo de una cortesana lanzaba piedras a la muchedumbre, le gritó: “Cuidado, no hieras a tu padre”... A quien seguía implorando los favores de una cortesana le advirtió que, “por

qué se afanaba en ganar lo que le sería mejor perder...”.

40. Observando que un antiguo luchador ejercía la medicina, le preguntó si quería vengarse de los que antes le habían vencido... Como le preguntaron ¿por qué los esclavos son llamados así?, explicó: “que, ellos tienen los pies de hombres pero el alma como tú que me lo preguntas”.

41. A quien le reprochó por qué se dedicaba a la filosofía y aún no sabía nada, él le respondió: “Aspiro a saber, y eso es justamente la filosofía”. Y, cuando un padre le trajo a su hijo, presentándolo como un muchacho muy bien dotado y de excelente carácter. “Entonces: ¿Para qué me necesita?” —Inquirió Diógenes—.

42. Sentenciaba que los enamorados encuentran placer en ser infelices... Al ver a Dídimo, el adúltero que curaba el ojo de una muchacha, le dijo: “Cuidado, no sea que por curar el ojo dañes la pupila...”.

43. Como alguien se lamentaba de que sus amigos conspiraran contra él, reflexionó: “Qué vamos a hacer, pues, si hemos de tratar por igual a los amigos que a los enemigos”.

44. Al responder acerca de la inquietud de cuál era la cosa más hermosa no vaciló en afirmar que era “la franqueza...” Al entrar a una escuela vio muchas efigies de las musas, pero pocos alumnos, “Maestro —exclamó—.

Gracias a los dioses tienes muchos discípulos” (De Laercio. Los Cínicos. Vida, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres. Madrid: Edit. Alhambra. 1986. pp. 85-117).

Diógenes Laercio nos transmite muchos otros fragmentos de la vida de Diógenes y complementa su obra, aquí citada planteando los asuntos que comentamos:

Primero se resalta lo atinado de sus respuestas en asuntos diversos; se relacionan algunas conductas suyas con la influencia indirecta de Sócrates, por ejemplo, el no aceptar que sus amigos pagaran el rescate en diversas ocasiones para lograr su libertad en tanto había sido capturado como esclavo, incluso se cree que los trató de ingenuos a través de los argumentos que sostiene que: *“Los leones no son esclavos de los que los alimentan, antes bien son estos los que viven a merced de los leones; pues el temor es lo propio del esclavo, y las bestias causan temor a los hombres...”*. Es muy importante para los estudiosos de Diógenes la capacidad de persuasión de este, incluso Laercio, la refuerza contando que, cierto Onesícrito de Egina había enviado a Atenas a uno de sus hijos el cual se convirtió en discípulo de Diógenes y se quedó allí, envió a otro a buscarlo y también se quedó, entonces el mismo padre fue y terminaron los tres compartiendo con el filósofo las enseñanzas.

Su posición frente a la civilización,

al Estado y las leyes era muy radical al cuestionar su mancomunidad para alcanzar el poder a través de la exclusión y las desigualdades; opinaba que sin la ley no era posible la vida en los Estados; puesto que sin el Estado no puede derivarse ninguna ventaja de la civilización; el Estado es producto de la civilización, y no hay ventaja alguna en la ley sin el Estado, por consiguiente la ley forma parte de la civilización. Ridiculizaba la nobleza de cuna, la fama y las distinciones similares llamándolas oropeles del vicio. Para él la verdadera ciudad es el universo. Abogaba por la comunidad de mujeres, no reconocía el matrimonio sino la unión libre. Del que persuade con la que es persuadida.

Para Diógenes no era inconveniente que alguien robara un templo o que comiera carne de cualquier animal. Inclusive, para él no era impío comer carne humana porque esta acción solo sigue las evidencias de las costumbres de otros pueblos... Además si seguimos la recta razón, todos los elementos se contienen en todas las cosas y por todas partes- como afirmó Anaxágoras –diríamos nosotros–: así que hay carne en el pan y pan en las legumbres, y en todos los demás cuerpos igualmente...

Al morir Diógenes estaba cerca de los 90 años. Sus amigos lo encontraron asfixiado y comentaron se había suicidado, otros que murió por una ingesta de pulpo y otros que fue causa de la mordedura de un perro en el tendón

de Aquiles... Estos amigos se disputaron el cadáver para sepultarlo al extremo que, los ancianos y los notables de la ciudad mediaron en la discordia. Al parecer su último deseo fue que lo dejaran insepulto, solo que, al cadáver debían regarle un poco de polvo para servirle a sus hermanos (Laercio. *Op. cip.* pp. 111-115).

CRATES DE TEBAS (368-288 a.C.)

Discípulo de Diógenes y maestro de Zenón de Citio. De él se afirma que era poseedor de gran fortuna heredada de su padre Escondas, uno de los ciudadanos más ricos de Tebas. Después de conocer a Diógenes renunció a ella despojándose de todos los bienes para regalarlo a los tebanos diciendo: "*Crates libera a Crates*". Una versión afirma que arrojó su dinero al amar y entregó sus fincas para pastos, otra versión dice que, entregó el dinero en custodia a un banquero a fin de que lo administrase con el fin de que lo entregara a sus hijos después de su muerte, si estos resultaban ser hombres comunes (*idiotoi*), pero si ellos resultaban ser filósofos, lo debería repartir entre el pueblo, ya que en este caso no lo iban a necesitar para nada...

Se marchó a Atenas donde vivió en medio de la pobreza, comiendo y bebiendo poco siempre al aire libre porque, según él esta práctica le hacía bien al cuerpo y al alma. Se casó con Hiparquía, única mujer que frecuentó consecuentemente la doctrina cínica. Con ella tuvo un hijo, Pasicles, al terminar este la adolescencia ella

lo llevó a un prostíbulo y le dijo que así habían sido las bodas de su padre. Algunos estudiosos afirman que cada noche iba a "las encrucijadas" y peleaba con las prostitutas para escuchar atentamente sus respuestas para mejorar su habilidad en otras disputas.

La mayoría de biógrafos dice que fue locuaz, muy amable y tranquilo en contraste con su fisonomía de hombre jorobado y algo giboso muy diferente de su maestro. No es extraño que sus conciudadanos le llamaran a pedirle consejos, para escuchar sus máximas, para mediar en algunos conflictos y para charlar con él sobre asuntos de la vida cotidiana o de temas que elevaran el espíritu de la esclavitud y el apego de las cosas materiales. Desarrollando siempre los preceptos de Diógenes, hizo parodias con mensajes morales, aunque de una manera agradable. Este "Filántropo y Abrepuestas", como le decían, de la época helénica de Grecia fue contundente en su defensa de la libertad individual que se construye superando internamente de las opiniones y de manera externa de la propiedad, de las costumbres sociales, de la familia, de las leyes y de las instituciones apoyadas en el poder político para alcanzar la felicidad. Escribió además *Utopía cínica* con un estilo semejante a *La República* de Diógenes. En ella describe un país interior al que accede por medio de una ascesis y la sabiduría. Zenón de Citio publicó una colección de máximas de Crates que fue muy difundida en su época. Otros pensadores helénicos como Séneca, Epicteto, Marco

Aurelio, Ateneo, Orígenes, recurren frecuentemente a sus máximas.

Defendió la idea de que filosofía conduce a una doble liberación. Por una parte de las ataduras externas (familia, propiedad, instituciones, cultura...), y por otra de las ataduras internas (la opinión y el placer). Con relación a este último respondió a Aristipo de Cirene así: *“Si entendemos la felicidad en la vida como un balance positivo de placeres, entonces ningún hombre sería feliz. Pues si consideras las etapas de la vida del hombre, verás que hay una aplastante preponderancia del dolor...”*. Igual que Diógenes criticaba duramente a los aduladores afirmando que, a los que viven entre aduladores se hallan tan indefensos como corderos en medio de lobos, pues así como los lobos no buscan el bienestar de estos, tampoco los aduladores se unen a aquellos sino para buscar su ruina y sobre los defectos humanos dijo que es imposible hallar un hombre enteramente libre de defectos, pues, como las granadas, siempre se encuentra en ellas un grano podrido (Cit. Crates de Tebas la moderación de los Cínicos/16 de dic./2011.www.Filosofia en Blog...).

De él fueron estos versos:

*“Hay una ciudad, Pera, –alforja–
en medio de púrpura niebla
Hermosa y rica en frutos, mu-
grienta e indigente del todo,
Inaccesible al necio parásito
Y al disoluto, que se solaza entre
nalgas de prostituta,*

*Allí crece el ajo y el tomillo, higos
y panes,*

*Cosas por las que los hombres no
luchan unos contra otros;*

*Ni toman allí las armas en busca
de gloria y fortuna...”*

*“Poseo cuanto he aprendido y
pensado.*

*Y los sagrados preceptos de las
musas:*

Todo lo demás es vanidad...”

*“...El hambre cura el amor, y si
no, el tiempo.*

Y, si ambos fracasan, la sogá...”

En algunas notas de un Diario de cuentas que llevaba se leen estas palabras:

*“Da diez minas al cocinero; al
médico, un dracma.*

*Al adulador cinco talentos; al con-
sejero, viento fresco,*

*Un talento a la prostituta y al filó-
sofo ocho óbolos”*

(De Laercio, Diógenes. *Op. cip.* p. 119).

Hay otros Cínicos como Metrocle, hermano de Hiparquía que fue discípulo de Teofrastos y luego de Jenócrates; Onesícrito de Astipalea, discípulo de Diógenes y viajó con Alejandro Magno a una expedición a la India; Mónimo de Siracusa también seguidor de Diógenes, Menipo de Gadara, discípulo de Crates, Menedemo de Lampsaco; Bion de Borístenes quien había sido vendido como esclavo y luego se dedicó al estudio con Crates y Estilpón de Megara quien fundó su propia escuela después de haber seguido a Diógenes de Sínope.

Bibliografía

Antístenes. Biografía e historia. Cunday.blogs.org/wiki

Aranguren, José Luis. En *El Oficio del moralista*. WWW. Alfa. Revista de la A A fi.

Arroyo Osorio, Rubén Darío (1998). “Los Cínicos o la moral de ruptura. En: *Conversatorios filosóficos*. Barranquilla: Universidad del Atlántico. Colección Julio Enrique Blanco.

De Crescenzo, Luciano (1992). *Historia de la filosofía griega*. II parte. Barcelona: Ediciones Seix Barral.

De Laercio, Diógenes (1986). *Los Cínicos. Vida, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*. Barcelona: Alambra Ediciones.

Vela Telada, José. *Jenofonte. Vida y obra*. Universidad de Zaragoza. En www.liceus.com/cgi-bin.co